

*Ciudadanía cultural y comunicativa en contextos de globalización, desregulación, multiculturalismo y massmediatización: el caso colombiano**

Fabio López la Roche **

Quisiera plantear en este texto algunas ideas para el debate relacionadas con la manera en que la globalización condiciona el ejercicio de la ciudadanía cultural y comunicativa, y mostrar adicionalmente cómo juegan las dinámicas de homogeneización junto a las de reconocimiento de la diversidad cultural. Prestaremos especial atención a las particulares condiciones de la internacionalización negativa de Colombia y a las potenciales influencias positivas de la internacionalización del conflicto armado colombiano y de la crisis humanitaria por la que atraviesa el país. En cuanto a los procesos que tienen que ver con los medios de comunicación masivos, presentaremos algunos de los problemas relacionados con la desregulación del sistema mixto de medios anteriormente existente, y con el funcionamiento actual de los medios masivos, especialmente de la televisión. Describiendo algunas expresiones recientes de la videopolítica, presentaremos algunas de las posibilidades de la massmediatización de la política en cuanto al fortalecimiento de la diversidad política y cultural, las dinámicas modernizantes y anticlientelistas, y la profundización de la democracia y la participación ciudadana.

* Texto presentado a la reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO sobre "Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización", Caracas, Venezuela, 9 al 11 de noviembre de 2000.

** Historiador, Master en Análisis de Problemas Políticos del Instituto de Altos Estudios para el Desarrollo, Bogotá. Analista cultural y de medios de comunicación, Profesor Asociado del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Coordinador del Grupo de Investigación sobre "Comunicación, cultura y ciudadanía" del IEPRI.

La globalización como fenómeno polifacético y políticamente multidireccional

En los últimos años hemos empezado a percibir a la globalización como un fenómeno que transcurre en diversas dimensiones de la vida de la sociedad y que afecta a esos diversos campos de la actividad social de las sociedades nacionales de maneras diferenciales, con consecuencias muchas veces contradictorias y no necesariamente unívocas. En Colombia, un país que ha sufrido una “internacionalización negativa” por el lugar central que llegó a adquirir el narcotráfico en su vida interna y en sus relaciones económicas ilícitas con el exterior, la globalización significa estar en el centro del debate internacional sobre el control a la producción y tráfico de estupefacientes, y ser objeto de la aplicación del Plan Colombia como un plan contra el narcotráfico que involucra paralelamente un fuerte componente de lucha anti-subversiva y de injerencia política y militar norteamericana en cuanto hegemón continental y mundial. En la lucha contra el narcotráfico entidades norteamericanas han contemplado seriamente la utilización inconsulta en campos colombianos del hongo *Fusarium* para destruir cultivos ilícitos, hecho que afectaría a otros cultivos y eventualmente a la salud de los campesinos. Es importante subrayar cómo esta situación ha sido denunciada y comunicada –en virtud de las posibilidades alternativas de la globalización– por sectores progresistas de la academia y de las instituciones de los Estados Unidos a sus contrapartes y pares colombianos a través de Internet, permitiendo alertar a sectores de la población y obligar al Ministerio del Medio Ambiente a una toma de posición ante la eventual introducción del hongo.

Hay un plano de la internacionalización negativa de Colombia, el problema de las violaciones sistemáticas a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario por parte de los distintos actores del conflicto interno (paramilitares, guerrillas, fuerzas armadas oficiales), donde la universalización de la agenda humanitaria mundial juega hoy día y va a jugar en el futuro un papel central en las posibilidades de humanización del conflicto. Aquí tenemos que reconocer que en el contexto de la globalización y de la política mundial policéntrica, la acción de las Organizaciones No Gubernamentales de derechos humanos, al lado de organismos internacionales como Naciones Unidas, la Cruz Roja Internacional, Amnistía Internacional, Human Rights Watch, la misma oficina de derechos humanos del Departamento de Estado, es hoy día vital para nuestro país como una presión externa y una forma de injerencia positiva de la opinión pública internacional, que puede tener un efecto favorable con miras a garantizar el respeto a la vida y a la integridad física y emocional de la población civil y de los no combatientes, y a salvaguardar algunas instancias básicas del Estado de derecho, hoy día amenazadas por la guerra y el clima de polarización e intolerancia por ella estimulado.

No está de más decir aquí que si de un lado la situación humanitaria y de conflicto armado interno de Colombia atrae crecientemente el interés de Estados

Unidos y de la Unión Europea, no es muy clara la posición de América Latina ante la situación interna colombiana (el crecimiento expansivo del paramilitarismo por toda la geografía nacional, el autoritarismo militarista de la insurgencia, la inacción gubernamental en políticas de derechos humanos y de control del paramilitarismo), más allá de la preocupación de sus vecinos por las migraciones a su territorio de colonos y campesinos desplazados por las fumigaciones y bombardeos del “Plan Colombia”.

Colombia, como muchos países de la región, está sufriendo muchas de las nuevas formas de exclusión y de polarización social ligadas a la globalización hegemónica: flexibilización de la relación laboral con sus secuelas de desempleo y subempleo; dificultades crecientes para el flujo de migrantes colombianos a Estados Unidos y los países europeos; apertura a capitales volátiles, más interesados en la especulación y la ganancia rápida que en la inversión productiva, así como una apertura indiscriminada a la producción agrícola externa que ha acabado literalmente con líneas tradicionales de producción campesina y agroindustrial y empobrecido a amplios sectores del campesinado, abocándolos al narcocultivo o a nutrir las filas de la insurgencia armada.

Es verdad que los campesinos excluidos y olvidados empiezan también a ver las posibilidades de la Internet para comunicar sus demandas a ONGs y grupos de cooperación en el exterior solidarios con sus causas y movilizaciones, como sucedió en noviembre de 1999 con el movimiento campesino del Macizo Colombiano en el departamento del Cauca, donde sus dirigentes y algunas instituciones que apoyaron la movilización de más de 30.000 campesinos y el bloqueo durante 26 días de la carretera Panamericana establecieron contactos con instituciones europeas de cooperación al desarrollo con el fin de eludir el bloqueo informativo de los medios nacionales a la movilización campesina, y de presionar al gobierno nacional desde fuera por una solución negociada y dialogada al conflicto, en una de las regiones más empobrecidas y más afectadas por la confrontación armada interna¹.

Sin embargo, nos queda muchas veces la sensación que esos intersticios, esos márgenes para las globalizaciones democráticas e inclusivas alternativas, son con frecuencia en nuestros países precisamente *márgenes*, recursos defensivos, loable prospección utópica desde la academia, pero distan notablemente de constituir verdaderos espacios de acción política alternativos, expansivos y auto-sostenidos. En Colombia, adicionalmente, esos márgenes para la acción política alternativa se ven disminuidos por la ausencia de garantías para la vida humana y la seguridad de líderes y dirigentes sociales, los asesinatos sistemáticos de defensores de los derechos humanos, activistas de ONGs y líderes sindicales, en medio de un clima de alta impunidad y del río revuelto de las violencias cruzadas (paramilitarismo, guerrillas, violaciones a los derechos humanos por parte de fuerzas de seguridad del estado, cruces entre los actores nombrados, el narcotráfico y la delincuencia común). La situación del sindicalismo en el país es hoy una de las más difíciles, pues

tenemos los más altos índices de asesinatos de sindicalistas en el mundo, y estamos *ad portas* de recibir sanciones de la comunidad internacional y de la OIT, en particular la figura de la “comisión de encuesta”, que si bien pondría una vez más los ojos de la comunidad internacional sobre la grave crisis humanitaria colombiana, acarrearía también eventuales sanciones económicas y comerciales.

La globalización y la desregulación del sistema mixto de medios: nuevos derechos desde la oferta, junto a concentración económica y reducción de voces y opiniones

Como en procesos similares de apertura de los sistemas informativos y comunicativos nacionales a las señales y flujos provenientes de las empresas globales (sistemas de televisión por cable, parabólicas, CNN, Telemundo, MTV, emisiones de los sistemas de televisión pública europeos, etc.), la globalización comunicativa, al desmonopolizar la oferta televisiva (los tradicionales Canal 1 y Canal A de un sistema de televisión históricamente semipúblico y el canal cultural público “Señal Colombia”), no sólo abrió la puerta a mayores posibilidades de circulación de los mensajes publicitarios y los flujos icónicos de las industrias culturales globales, sino también a nuevas nociones de derechos de las audiencias: la democracia del zapping o del derecho a la elección de opciones informativas, recreativas y de ficción, con todas sus limitaciones, se ve fortalecida, y quienes nos hemos quejado del aislamiento histórico del país (“el Tíbet latinoamericano”) y de la pobreza de nuestros noticieros en la información internacional, podemos acceder hoy día a imágenes y notas informativas relativamente extensas sobre conflictos y realidades de Europa, Estados Unidos, África, Asia y América Latina. Esta apertura no es desdeñable para un país donde buena parte de su población ha tendido a pensar que los graves conflictos que sufre son exclusivamente colombianos, sin manejar referentes comparativos de otros países que también han vivido degradaciones similares de sus conflictos, intolerancias parecidas o peores, guerrillas ética y políticamente deterioradas y deslizadas hacia el secuestro y la delincuencia común, paramilitarismos exterminadores parecidos, y militares igualmente o más comprometidos con violaciones a la vida y los derechos humanos.

La desregulación del sistema de medios implicó también la apertura del tradicional sistema mixto de televisión colombiano a los canales privados RCN y Canal Caracol, pertenecientes a los dos mayores grupos económicos y financieros, el grupo Ardila Lulle y el grupo Santodomingo. El sistema mixto, actualmente en proceso de desmonte, consistía en un sistema de regulación semipúblico, que aportando estatalmente la inversión en la infraestructura tecnológica indispensable para la emisión, otorgaba los espacios a unos concesionarios, dueños de programadoras, los cuales resultaban de esa manera parcialmente subsidiados por

la acción estatal. Dada la imprevisión por parte de los últimos gobiernos de los posibles efectos negativos o inconvenientes de la apertura y de los mecanismos adecuados para llevar a cabo la transición, y dada también la existencia de una Comisión Nacional de Televisión integrada por comisionados desconocedores del campo, llegados a esas funciones sobre la base de criterios clientelistas o de amistad personal con los dos últimos presidentes, dos años después del inicio de la desregulación de la televisión estamos viendo cómo las programadoras participantes tradicionalmente en la programación de los canales 1 y A sucumben ante el poder económico y tecnológico de los nuevos canales privados, viéndose obligadas a desaparecer o a trabajar para ellos.

La multiplicación de canales (además de los canales públicos antes nombrados y de los regionales Telepacífico, Teleantioquia, Telecafé y Telecaribe aparecen los dos canales privados de RCN y Caracol, el canal privado capitalino CityTV y un nuevo canal regional, Teveandina), sumada a la recesión económica de los últimos tres años, condujo a la fragmentación y a la disminución radical de la pauta publicitaria, situación que ha llevado a que programadoras históricas como RTI, JES, CENPRO y TVCINE, acosadas por dificultades financieras, hayan tenido que devolver sus espacios de emisión a la Comisión Nacional de Televisión.

La desaparición de estas programadoras, muchas de las cuales hicieron época y establecieron criterios de calidad en el entretenimiento, en el dramatizado, en la *telenovela de ruptura* o en el desarrollo de una tradición de puesta en escena televisiva de obras importantes de la literatura colombiana (Martín-Barbero y Rey, 1999: 100-122), significa de hecho un retroceso cultural y un empobrecimiento cualitativo y cuantitativo en cuanto a la pluralidad de voces, opiniones, conceptos y propuestas que debe caracterizar un manejo democrático de la producción y oferta televisiva.

A esta gravísima situación se suman fenómenos como la conversión de los noticieros televisivos en espacios publicitarios explícitos o encubiertos, su farandulización o el sobredimensionamiento de la información deportiva dentro de los mismos, para no hablar de la cuasi desaparición de los programas de opinión de las franjas de máxima sintonía y su confinamiento a los horarios de la noche (10:30 u 11 p.m.), en virtud de lo que un conocido conductor de televisión denomina “la telenovelización de los espacios triple A”², con los efectos que tal ubicación horaria entraña para la formación de ciudadanos bien informados y potencialmente deliberantes.

Los noticieros de los canales privados no se caracterizan hasta el momento por un manejo serio, contextualizado y riguroso de la información y de la relación con las fuentes, y por el contrario, funcionan de acuerdo con criterios que hacen primar el rating –logrado a fuerza de sensacionalismo, espectacularidad y recreación obscena de la violencia y la muerte, tan frecuentes y cotidianas en nuestro país– sobre el interés nacional y sobre la verdad de los hechos.

Ante estas preocupantes situaciones vividas en los medios, sectores independientes e inconformes, intentando reeditar en Colombia la convocatoria realizada por círculos críticos españoles de no consumir prensa, no escuchar radio ni ver televisión un día de 1999 para protestar por la publicidad excesiva dentro de los programas y otros abusos de los medios comerciales, convocaron en el segundo semestre de 1999 a un boicot desde el consumo de los distintos medios nacionales. Sin embargo, la convocatoria, hecha por Internet, pasó casi desapercibida.

Estas nuevas posibilidades de acción ciudadana parecen ser por ahora muy incipientes. Como en otras esferas de la vida social en Colombia, la participación de la sociedad y de la opinión pública en el debate de los asuntos relacionados con la comunicación es muy precaria. La situación arriba descrita, de inminente desaparición de varias de las programadoras históricas, así como la concentración resultante de la desregulación, no preocupa ni a los políticos profesionales, ni a los grupos dirigentes, ni a los miembros de la Comisión Nacional de Televisión.

Globalización como homogeneización y diferenciación, crisis de las identidades nacionales homogéneas y eclosión de las diversidades culturales invisibilizadas o subordinadas

Si bien la visión homogeneizadora de la globalización en tanto macdonaldización del planeta es poco creíble, es difícil no ver las tendencias hegemónicas y homogeneizantes que acompañan la globalización cultural y comunicativa. Sin embargo, paralelamente con la expansión de modelos occidentales hacia Oriente, hay también una presencia creciente de aquél en Occidente. No todo en las industrias culturales occidentales responde a lógicas uniformizadoras. Además de la capacidad de algunas de ellas para detectar mercados potenciales y ofrecer productos simbólicos para públicos alternativos o subculturales, hay que tener en cuenta las recepciones diferenciadas de los mensajes publicitarios y bienes simbólicos hegemónicos de acuerdo con los distintos niveles educativos y de ingresos, las mediaciones culturales nacionales y las matrices locales y regionales. Allí se están produciendo mezclas inéditas y configuraciones culturales novedosas. Pero es claro que ello no nos exime de poner atención a las hegemonías discursivas y a las “lecturas preferenciales” propuestas desde el poder textual de las industrias culturales dominantes en el mercado mundial.

Hemos subrayado ya cómo en el caso colombiano la globalización también nos pluraliza como cultura, nos abre saludablemente al mundo, nos brinda marcos comparativos para apreciar más justamente nuestra experiencia histórica y político-cultural.

Junto a las influencias globalizantes de la comunicación transnacional y de los bienes simbólicos puestos a circular por las industrias culturales, Colombia ha

vivido desde hace casi dos décadas un interesante proceso –aunque fraccionado y desigual– de expresión y reconocimiento interno de su diversidad cultural.

Simultáneamente con la percepción de la *llegada* de la globalización y de sus distintas esferas por parte de la población, y en un principio no necesariamente como respuesta a ella, se produce en Colombia desde la segunda mitad de los ‘80, y especialmente durante los ‘90, una crisis de las viejas identidades nacionales cerradas y homogéneas, ligadas a la Iglesia Católica y a los héroes y lugares de orgullo de los dos partidos tradicionales dominantes, el Liberal y el Conservador. Esas memorias hegemónicas estallan para dar paso a las reivindicaciones de las negritudes o afrocolombianos, de los paeces, guambianos, arhuacos y u’was entre otras etnias, de grupos organizados de mujeres, de homosexuales, lesbianas y otras minorías sexuales.

El pluralismo cultural de la Constitución de 1991, y decisiones de la Corte Constitucional como la prohibición de la consagración anual del país al Sagrado Corazón de Jesús por parte del presidente de la república en tanto ratificación indebida del monopolio católico sobre las creencias de los colombianos, así como su autorización del porte de la dosis personal de droga en nombre del libre desarrollo de la personalidad, constituyen factores que han estimulado actitudes de tolerancia y reconocimiento de la diversidad cultural y de estilos de vida en algunos sectores de la población.

Sin embargo, en un país con un sistema jurídico fragmentado (justicia guerrillera y paramilitar, diversidad de formas de justicia privada paralelas a la oficial), atravesado por un conflicto armado que da lugar a la construcción de hegemonías político-militares de izquierda y de derecha en varios lugares de su geografía, el espíritu y la normatividad de la Carta del ‘91 devienen a menudo letra muerta. La guerrilla de las FARC, por ejemplo, recluta por la fuerza niños y niñas para la guerra (muchas veces contra la voluntad de sus familias), expulsa protestantes y grupos cristianos de sus zonas de influencia, y controla de manera draconiana la vida cotidiana y las libaciones alcohólicas de los campesinos y colonos de sus zonas de influencia, y en ocasiones hasta prescribe la moral sexual y controla las infidelidades en las parejas. Valga este ejemplo para subrayar lo dramático de estas escisiones y fragmentaciones en la experiencia político-cultural colombiana contemporánea: no sólo no compartimos medianamente unos valores políticos y ciudadanos básicos, una normatividad jurídica y unos principios éticos mínimos, sino que muchos actores desprecian y pisotean los principios multiculturales y pluralistas de la Constitución de 1991, los cuales representan, para otros sectores de la población, un factor de orgullo o por lo menos un importante lugar de consenso.

Massmediatización, videopolítica y ciudadanía

La massmediatización de la vida social y de la cultura no puede no tener efectos en las maneras en que la gente percibe y experimenta la política. La década

de los '90, y especialmente su segunda mitad, vio surgir en Colombia un grupo significativo de "outsiders" o videopolíticos que reconvirtieron un capital de visibilidad social, cultural y mediática acumulado durante años en esferas distintas a la de la acción política, en un poder político-electoral. Así llegaron al poder el matemático y ex rector de la Universidad Nacional Antanas Mockus (a la alcaldía de Bogotá en 1994 y en el 2000); el director de cine Sergio Cabrera, creador de una película clave en la recreación de la identidad nacional colombiana, "La Estrategia del Caracol", y la cantante negra Leonor González Mina (los dos a la Cámara de Representantes); el humorista y presentador televisivo Alfonso Lizarazo, el locutor deportivo Edgar Perea y la actriz Nelly Moreno (al Senado de la República), así como el actor Bruno Díaz (al Concejo de Bogotá). No sobra decir que está por evaluarse la gestión parlamentaria desarrollada por estos políticos massmediáticos.

Para mostrar la influencia de la videopolítica sobre las audiencias televisivas convertidas en electorado, quiero narrar una anécdota bastante expresiva de lo que está pasando con la formación de la decisión electoral del votante mediada por la influencia estética y cultural de la televisión en la cotidianidad de la gente. Actuando como jurado oficial en las elecciones parlamentarias del 8 de marzo de 1998 en el barrio popular de Las Cruces de Bogotá en una mesa donde votaban mujeres, muchas de ellas mayores de 30 años, nos sorprendió una mujer que al llegar nos expresó a los jurados electorales presentes en el momento en nuestra mesa: "Yo quiero votar por la de 'La Viuda de Blanco'". Probablemente todos sabíamos que *La Viuda de Blanco* era una telenovela, pero ninguno de nosotros en medio del desconcierto atinaba a descubrir por quién realmente quería votar la señora. Le entregamos el tarjetón donde figuraban los candidatos a la Cámara de Representantes, y después de varios minutos de búsqueda del candidato de su preferencia nos indicó la foto de Leonor González Mina, la cantante negra, ampliamente conocida como "La Negra grande de Colombia", quien había representado en *La Viuda de Blanco* el papel de empleada doméstica. Lo curioso es que no la identificaba como "La Negra grande de Colombia" sino como "la de *La Viuda de Blanco*".

Presentadas estas evidencias de la massmediatización de la política y el carácter prácticamente ineludible en las condiciones culturales contemporáneas de estas nuevas configuraciones imaginarias y estético-políticas, quisiera anotar que la mediación televisiva de la política puede servir a proyectos e intereses políticos muchas veces diametralmente opuestos. Puede servir por ejemplo para proyectar, desde un programa de humor político como "Quac", a un humorista como Jaime Garzón, convertido progresivamente en virtud de su talento y agudeza en conciencia crítica de la nación; para llevar a la Alcaldía de Bogotá a un Antanas Mockus, académico, modernizante, educador ciudadano y anticlientelista; pero también para la construcción de simulacros sobre la base de los cuales el político "(comienza a) vivir de la imagen que proyecta, más que de sus ideas u objetivos del partido que representa (Daza, 1999: 78)".

Ideas finales a título de cierre

Con respecto a las constricciones derivadas de la globalización para el ejercicio de la ciudadanía en general, y teniendo en cuenta la erosión de la sociedad salarial, uno de los retos actuales es el de tener que seguir desarrollando la condición de ciudadano en medio de la inestabilidad y la incertidumbre laboral contemporáneas.

Con relación a las posibilidades de injerencia ciudadana en las políticas comunicativas en tanto políticas públicas, hay que adelantar un esfuerzo educativo que revierta una cierta actitud de impotencia y de retrotraimiento participativo de la gente, derivada a menudo de la consideración de que los medios comerciales constituyen un campo ajeno, cerrado e inabordable, sobre el cual la opinión ciudadana no tendría ninguna capacidad real de incidir con sus gustos, críticas, necesidades y demandas. Hay que fortalecer la sociedad civil de la comunicación, la asociación de los *dolientes* del manejo abusivo o manipulatorio de los medios, para configurar, junto a sus instancias de autorregulación y las de fiscalización público-estatales, prácticas de evaluación y de regulación ciudadana de la acción social de los medios.

En cuanto a la relación con la diversidad, comparto la idea de Renato Ortiz (1999) de tener cuidado con el culto abstracto de la diversidad, y su demanda de precisar la historia y las demandas específicas de esas distintas diversidades (étnicas, de género, generacionales, sexuales, religiosas) que a menudo echamos en un mismo saco. Da la impresión de que en Colombia, al calor de la Constitución de 1991, tenemos en algunos sectores y en algunos medios un cierto culto del multiculturalismo por el multiculturalismo, sin reparar en las demandas específicas y en las necesidades diferenciales de los distintos grupos identitarios y subculturales, y en cómo ellas están accediendo o no a espacios de representación política, de visibilidad mediática o de reconocimiento simbólico.

Otro asunto central relacionado con la gobernabilidad, con la posibilidad de reconstruir las funciones articuladoras de la política, pero también con la construcción de formas de convivencia interétnica e intercultural en nuestros países, tiene que ver con cómo integrar universalismo y particularidad, eludiendo simultáneamente fundamentalismos étnicos y subculturales y occidentalismos abusivos, latentes todos en nuestra experiencia cultural contemporánea. Por ejemplo, hoy día en Colombia tenemos situaciones como la de la relación cultural de los indígenas u'was con los hijos gemelos, de abandonarlos recién nacidos y dejarlos morir en el bosque o en el monte como encarnación de espíritus malignos, y la contradicción que ello implica con la demanda universal y constitucional del derecho a la vida, que obligan al diálogo y a la búsqueda de acuerdos interculturales.

Sobre este asunto de las identidades, anotaré adicionalmente que la reconstrucción democrática de las identidades nacionales en tiempos de multiculturalis-

mo y globalización resulta también una preocupación importante para un país como Colombia, agobiado por una visibilidad negativa en el escenario global, por sensaciones ampliamente extendidas de inviabilidad como nación, y por una diáspora migratoria desconocida anteriormente en nuestra historia.

En cuanto a la massmediatización de la cultura y de la política, creo que los académicos tenemos que sopesar los riesgos y peligros del fenómeno, estando al mismo tiempo abiertos a asumir los retos y las posibilidades que tal situación plantea al político alternativo –en el mejor sentido de la palabra–, pero también al académico y al intelectual.

En la mediación televisiva de la cultura y de la política se juega un espacio decisivo del reconocimiento social. Allí también pueden los ciudadanos, con creatividad e imaginación, trascender el lugar de espectadores y constituirse en constructores de alternativas políticas, culturales y comunicativas.

Bibliografía

- Achugar, Hugo 1999 “El lugar de la memoria. A propósito de monumentos”, en Martín-Barbero, Jesús, Fabio López de la Roche y Jaime Eduardo Jaramillo (eds.) *Cultura y Globalización* (Bogotá: CES/Universidad Nacional).
- Appadurai, Arjun 1999 “Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía posnacional”, en *Nueva Sociedad* (Caracas) número monográfico “Aproximaciones a la globalización”, N° 163, septiembre-octubre.
- Beck, Ulrich 1998 *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización* (Barcelona: Paidós).
- Blumler, Jay G. 1993 *Televisión e interés público* (Barcelona: Bosch Comunicación).
- Cubides, Humberto, María Cristina Laverde y Carlos Eduardo Valderrama (editores) 1998 “Viviendo a toda” *Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (Bogotá: Universidad Central-DIUC-Siglo del Hombre Editores).
- Daza Caicedo, Sandra 1999 *Efectos de la globalización sobre las condiciones socioeconómicas para el ejercicio de la ciudadanía* (Bogotá: Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia) Monografía de Grado en Economía.
- Hopenhayn, Martín 1994 *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina* (Santiago: Fondo de Cultura Económica).
- Landi, Oscar 1993 *Devórame otra vez. Qué hizo la televisión con la gente. Qué hace la gente con la televisión* (Buenos Aires: Planeta Espejo de la Argentina).
- Lechner, Norbert 1996 “¿Por qué la política ya no es lo que fue?” en *Revista Foro* (Bogotá: Foro Nacional por Colombia) N° 29, Mayo.
- López de la Roche, Fabio (ed.) 1999 *Globalización: incertidumbres y posibilidades. Política, comunicación, cultura* (Bogotá: Tercer Mundo-IEPRI Universidad Nacional).
- López de la Roche, Fabio 2001 “Medios de comunicación y movimientos sociales: incomprendidos y desencuentros”, en Archila, Mauricio (ed.) *Movimientos sociales, estado y democracia* (Bogotá: CES-Universidad Nacional).
- Martín-Barbero, Jesús y Fabio López de la Roche (eds.) 1998 *Cultura, medios y sociedad* (Bogotá: CES/Universidad Nacional).
- Martín-Barbero, Jesús, Fabio López de la Roche y Jaime Eduardo Jaramillo (eds.) 1999 *Cultura y globalización* (Bogotá: CES/Universidad Nacional).
- Martín-Barbero, Jesús y Germán Rey 1999 *Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva* (Barcelona: Gedisa Estudios de televisión) N° 2.

Mata, María Cristina y Héctor Schmucler (coordinadores) 1992 *Política y comunicación. ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática?* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Córdoba-Catálogos Editora).

Mc Quail, Denis 1998 *La acción de los medios. Los medios de comunicación y el interés público* (Buenos Aires: Amorrortu Editores).

Ortiz, Renato 1999 “Diversidad cultural y cosmopolitismo”, en Martín-Barbero, Jesús, Fabio López de la Roche y Jaime Eduardo Jaramillo (eds.) *Cultura y globalización* (Bogotá: CES/Universidad Nacional).

Reguillo, Rossana 1998 “El año dos mil, ética, política y estéticas: imaginarios, adscripciones y prácticas juveniles. Caso mexicano”, en Cubides, Humberto, María Cristina Laverde y Carlos Eduardo Valderrama (editores) “*Viendo a toda*” *Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (Bogotá: Universidad Central-DIUC-Siglo del Hombre Editores).

Revista *National Geographic* 1999 dossier sobre el tema “Cultura global”, Agosto.

Notas

1 Sobre el movimiento campesino en el Cauca, véase Lopez de la Roche (2001).

2 Entrevista realizada por el autor al periodista y conductor del programa televisivo de entrevistas “Cara a cara”, Darío Arizmendi, Bogotá, 15 de junio de 2000.